



©Rossméron

«Me gustaría asegurar
que esta es la mejor
historia que leerás,
aunque no es así.»

Morfina



**EDITORIAL
ROSAMERÓN**

Morfina

ANATOMÍA DE UNA GENERACIÓN SEDADA

GALO ABRAIN

Derechos exclusivos de la presente edición en español
© 2023, editorial Rosamerón, sello de Utopías Literarias, S.L.

Morfina

Primera edición: mayo de 2023

© 2023, Galo Abraín

Imagen de cubierta: © *Bella muerte 2*, Sergio Abraín / Inna Sinano_iStock

Imagen del interior: © *Futuro de frutos*, Sergio Abraín

ISBN (papel): 978-84-125630-6-1

ISBN (ebook): 978-84-125630-7-8

Depósito legal: B 1544-2023

Diseño de la colección y del interior: J. Mauricio Restrepo

Compaginación: M.I. Maquetación, S.L.

Impresión: Romanyà Valls

Impreso en España — *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, cualquier forma de **reproducción**, **distribución** y **transformación** total o parcial de esta obra por cualquier **medio** mecánico o electrónico, actual o futuro, sin contar con la autorización de los titulares del **copyright**. La infracción de los derechos mencionados puede ser **constitutiva de delito** contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal).

Gracias por **comprar una edición autorizada** de este libro y por tanto respaldar a su autor y a **editorial Rosamerón**. Te animamos a **compartir tu opinión e impresiones** en redes sociales; tus **comentarios**, estimado lector, dan sentido a nuestro trabajo y nos ayudan a **implementar nuevas propuestas editoriales**.

editorial@rosameron.com

www.rosameron.com

*A todos los que aparecen en este libro,
pero sobre todo a quienes
no quieren salir en él.*

©Rosamación

Índice

Cirugía a corazón abierto

LA IMPOSIBILIDAD DE AMAR | 13

Disecionar zonas oscuras

LA JERARQUÍA | 79

Impacto de los eventos adversos

LA PLUSVALÍA DE LA VÍCTIMA | 127

Paciente y usuario

IDENTIFÍCATE O PERECE | 167

La exploración del interior

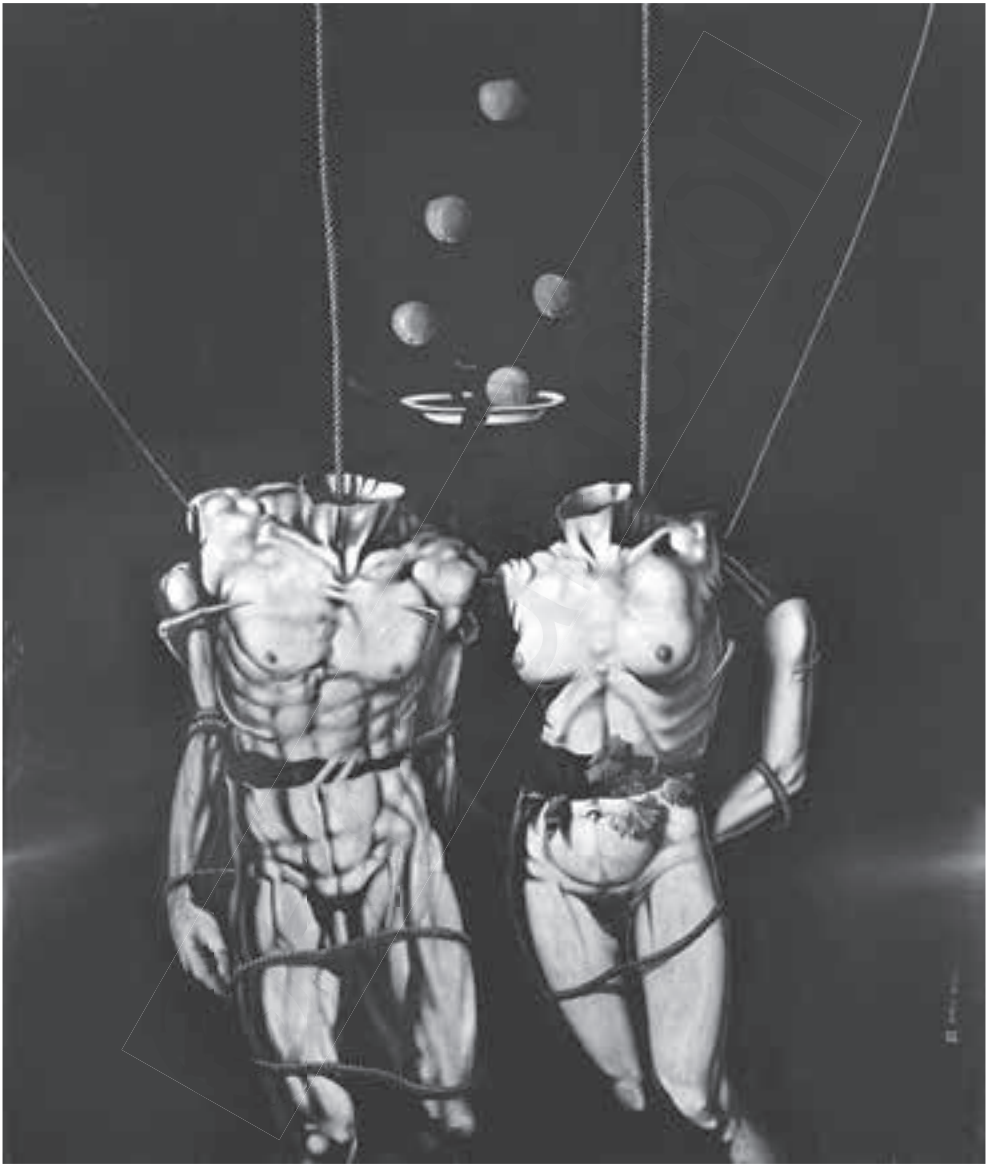
MÉTETE LAS DROGAS DONDE TE QUEPAN | 205

Síntomas habituales

ENGAÑO Y MALESTAR | 259

Final

SIN ANESTESIA | 289



Cirugía a corazón abierto

LA IMPOSIBILIDAD DE AMAR

Las personas con amor propio
tienen el coraje de equivocarse.

JOAN DIDION

Si queremos la recompensa de ser amados,
tenemos que someternos a la mortificante
prueba de ser conocidos.

TIM KREIDER

1

TEMBLABA AL OLERLA. Como decía Lorca en *Yerma*, me daba así como un sueño cuando acercaba los labios. A su lado, yo importaba bien poco. Daban igual los errores, la deshonra, las expectativas mutiladas almacenadas en un contenedor de mi mente. Ahora bien, cuando me dejó... *Uh*, ahí la cosa pegó un vuelco. Cualquier fracaso comenzó a destilar un olor a podredumbre que se apoderó de mí. Era incapaz de fumar un cigarrillo sin vomitar. Todo acortador de vida se metamorfoseaba en un hálito de carne chamuscada recorriendo mi garganta. En cuanto se largó, las jornadas se iniciaban con una convulsión bañada en pesar y añoranza. Era como si me deshicieran con unas cizallas, átomo a átomo. Traté de ahogar la sensación con mucho, muchísimo whisky los primeros días, y una higiene personal digna de unos monos enjaulados. No lograba ver una foto suya sin acurrucarme en una esquina bañando mis rodillas con lágrimas de impotencia. Lágrimas que sólo deseaba que corrieran también por sus mejillas, porque eso quería decir que la tenía cerca. Francamente, daba asco, por así decirlo, y *revulsivo* es un adjetivo que me iba a las mil maravillas... Estaba, en fin, destrozado y confuso. Con la máscara de salud mental a punto de desmoronarse.

Las sórdidas consecuencias de haber perdido al amor de mi vida se adueñaron de mí. Una vez superado el periodo de heroínomana alergia al agua, abandoné la grosera peste a sobaco por la de un gel con olor a lavanda. En mi interior, sin embargo, seguían intactos los escombros del sacrificio que ella, indirectamente, había practicado a toda mi *joie de vivre*. La sangre no brotó hacia dentro, sino hacia fuera.

Una noche, horas después de haber decidido recomponer los añicos de mi energía, arreglarme todo lo posible y ser, en cierto momento de la velada, brutalmente rechazado por una rubia cualquiera, se fundió el fuselaje de mi autoestima. Regresé a casa. En la absoluta penumbra de la cocina de mi apartamento compartido, inundada por el perfume de los platos sucios... ¡Madre mía! Todo me pareció una evacuación malograda. El vacío llegó a hacerse tan doloroso en aquella estancia, que sólo supe callarlo con un cuchillo recorriendo mis venas desde la muñeca hasta el codo.

Llevaba algún tiempo obsesionado con el silencio, evitando conversaciones e intoxicaciones fonéticas innecesarias desde que su voz no podía sustituirlo. En aquel momento bañado de pesar, sin embargo, mi chifladura no me permitió un sólo segundo de Nada. La ausencia de sonidos es una vía directa al magma de la consciencia y, escarbando duro hasta el núcleo, resultó que allí estaba ella. Tenía que rellenar el hueco con algo, ¡lo que fuera!, con tal de recomponer la penetrante ruina de saberme solo. Mis aullidos sordos, despachados en mitad de la cocina, liberando el hilillo de sangre que perseguía la punta del cuchillo como un perrito faldero, fueron la melodía de un momento de serenidad. La calma, aunque cueste creerlo, me poseyó en ese pueril acto salvaje sin el cual, sinceramente, creo que me hubiera tirado por la ventana. Lo más cruel fue

ser consciente, durante algunas milésimas antes del tajo, que por mucho que los sabios digan que en la vida todo se repite, no es cierto. Si la vida es tan perra y absurda es porque lo bueno, en esencia, sucede por primera y única vez. Después, sólo quedan los imitadores, y estos, por desgracia, son incapaces de emular el resplandor original.

Quizás, ¿quién sabe?, rendirme a un gesto tan poco determinante, tan vulgar, a una sinfonía infantil más visual que absoluta, en lugar de ver mis sesos esparcidos en la acera, pueda considerarse un error. Una oportunidad desaprovechada. Pero debo admitir que, con el sencillo escozor de una raja vistiéndome mi vena, fue suficiente para saber que estaba tocando fondo, lamiendo mugre... Y desde ahí alumbré la creencia en Una Nueva Vida, pues, seamos claros, lo tenía crudo para que fuera a peor o, por lo menos, más patética.

Uno no es consciente del microcosmos de necesidades que crea una persona hasta que desaparece. Es entonces cuando la enciclopedia de debilidades se deja ver, abandonándonos a la merced de sabernos inválidos sin el aliento del ser amado. Ese susurro, discreto pero firme, calentando la nuca con un sencillo «no te preocupes, yo estoy aquí». En fin, creo que ya va siendo hora de aclarar un poco todo esto. Empezaré por el principio, ahora que ya he desvelado el final.

Conocí a Valeria en la cafetería de la universidad. Jamás había estado enamorado de nadie excepto de mi amor del colegio, una risueña morena de mirada soleada, profunda, suaves pequititas en los pómulos y labios finos, llamada Irene. Siendo sólo un niño, ya vivía el enamoramiento con zumbidos y escalofríos dignos de la certeza adulta. Podría estirarme aquí y contar los muchos fracasos que acumulé en mi platónica

pasión por aquella niña, hoy convertida en mujer, pero prefiero no ahondar en ello. Jamás fue un capricho correspondido, y eso está lejos de poder considerarse amor. Lo que sí diré es que, desde hacía mucho, andaba pendiente de caer en ese cálido sueño, alejado del tumulto de los cementerios, que logra ahuyentar la difícil soledad. Eso es, quería enamorarme; padecer la predestinación y sufrir el sacrificio sin reservas... Y eso que, por entonces, ya intuía que el amor no era más que un invento, un contrato sistemáticamente vulgarizado por el poder con una letra invisible que nadie quiere leer: su final. Pero sonaba tan deliciosamente maligno...

Volviendo a Valeria, puestos a apostar por algo, diría que lo primero que me encandiló de ella fue su sonrisa. Esos dientes perfectos y blancos, sin por ello parecer bañados en lejía, alineados geoméricamente con la escuadra de la inocencia. Tenía una monísima nariz respingona y unos labios malcriados y lujuriosos. Salturreaba como una niña digna, impaciente por que alguien se percatara de su gracia. Compartíamos algunas asignaturas de la carrera, y la primera vez que la vi, al entrar en una clase de Derecho Internacional impartida por un bobo rematado, un viejo dinosaurio cenizo llamado Casamar, la observé con atención discreta.

Su cara era claramente calificable de bonita, algo sembrada todavía del granulado que provocan las hormonas, pero insalvablemente hermosa. Me dejó tirando a mudo, la cabrona, sin saber si en algún momento lograría invocar el valor para hablar con ella. Yo, un joven algo taciturno y solitario, bastante pagado de sí mismo y, en definitiva, considerablemente imbécil, poco o nada tenía que hacer con semejante alarde de simpatía y clase. Y encima, ¡benedicida con esa curiosa aura destilada por quien todavía ha sufrido poco! Recuerdo la película de los

setenta *Elemental, doctor Freud*, cuando un personaje decía: «Una mujer tan hermosa como yo a los diecisiete años ya ha visto todas las cosas horribles». Estaba claro que los tiempos, al menos para gente de clase media-bien como Valeria, habían cambiado. Aun sobrada de belleza como iba, no había visto una mierda. Al menos, todavía...

El día en que por fin me decidí a abordarla, estaba apostada junto a mí en la barra de la cantina del campus de Somosaguas, en Madrid. Ella pidió dos cortados, uno de ellos para su amiga Marta, una canaria espídica a la que le salía la energía por las orejas. En cuanto la vástago de la motivación desatendió a Valeria para buscar la conversación de un maromo anónimo, me giré y articulé con esfuerzo:

—Bueno, ¿qué pasa? ¿En esta clase nadie se va a tomar cervezas?

No sé muy bien a qué puñetero fin solté semejante estupidez. Lo suyo hubiera sido decirle: «Hola, ¿qué tal? Me llamo Galo, estoy en clase de Derecho contigo», o cualquier otra introducción canónica de las que no dejan huella, para bien o para mal.

Valeria me miró de arriba abajo. Desconozco si estudiaba mi cara a fin de reconocerla, o aprovechó para investigarla más de cerca, destapando las imperfecciones, la calidez de la mirada o alguna particularidad que la convenciera de su respuesta.

—Pues mira... justo esta noche hemos quedado varios para tomar algo. Te podrías venir —contestó con total naturalidad.

Admito que aquella fue una respuesta de lo más inesperada. Sonreía de manera abundante mientras hablaba, y toda la luz de la cafetería se encaprichó de ella. Sus dientes... ¡*Válgame el cielo!* Qué piños más succulentos... Desvestidos, además, con un crujir de labios que los cercaba milimétricamente para que la encía no fuera visible. Tuve ganas de darles un lametón.

—Sí, claro. Iré encantado.

—¿Cómo? —preguntó, todavía risueña.

—¿Cómo que cómo?

—¿Que cómo vas a ir si no tienes mi número?

No supe identificar si me estaba vacilando, si se reía de mí, si me estaba haciendo un caluroso guiño, si me estaba diciendo «venga, *pringao*, *saca la cabeza del culo*» o «*¿a qué esperas para meterla en el mío?*». Arqueeé las cejas. Apreté los morros. Me relamí, acaricié las manos y dejé escapar una risa nerviosa, más digna de un niño de diez años diciendo *caca-pedo-culo-pis* que de un tipo de veinte arando el pantanoso terreno de un deseo difícil de *culminar*. Pero ¡qué narices! A pesar de mi zafia intervención, acabé guardando el número en la agenda del móvil. Estaba lejos de poder hablar de triunfo, pero tenía algo que pocas veces interpretamos como el divino regalo que es: una oportunidad.



2

EL ENCUENTRO SE CELEBRÓ EN UN PUB IRLANDÉS cerca de la plaza de España. Desconocía quién iba a acudir. Intuí que Marta rondaría por ahí, pero poco más. La amiga de Valeria, aparte de liberar estampidas interrumpidas de energía, era una chica alegre y neurótica, de cuerpo atractivo y pelo rizado oscuro. Con ella había compartido tal vez dos miradas perdidas desde mi entrada en la facultad, pero al llegar al bar, sorprendentemente, fue ella la que me asaltó con una mirada colmada de excitación.

Frente a Valeria, estaba Sergio. Yo aún lo desconocía, pero al cabo de algunas semanas supe que ambos ya se lo habían montado antes. Lo justo para no andarse encariñando, pero lo suficiente como para ver orbitar entre ellos una cierta tensión sexual sin resolver. Confieso que, al principio, esa relación me repateaba el estómago. No niego el desenvuelto placer de dos colegas compartiendo los aperitivos del orgasmo, pero no me hubiera importado ver a Sergio colgado de los pulgares en la entrada de la facultad con un cartel al cuello que dijera CERDO VIOLADOR, o cualquier otra declaración social que alejara a Valeria todo lo posible de él. Con el tiempo, Sergio terminó convirtiéndose en un buen amigo.

En el *pub* sólo estaban los tres. En cuanto Marta se acercó a acogerme como si fuese la anfitriona de la velada, Valeria se

levantó para ir al baño. Al pasar a mi lado, hizo el amago de acercarse para brindarme dos besos. Soy incapaz de comprender qué pasó por mi mente para creer que mi mejor opción si quería llamar su atención era hacerme el longui y esquivar su gesto, así que volví el rostro para enfocarlo en Marta. Valeria, intuyendo con instinto felino la jugada, acabó pasando de largo. Era indiscutible: había malogrado mi entrada. Ya se sabe, sólo se tiene una oportunidad para causar una buena primera impresión, y la mía, para qué engañarnos, resultó espantosa. Abrumado de vergüenza, me senté en uno de los bancos que rodeaban la mesa con ganas de clavar la cabeza entre las manos y atizar mi cráneo fuerte contra la esquina... Pero me contuve, más por educación que por un sentido de conservación. Pedí cuanto antes una cerveza.

Valeria regresó al poco y se sentó frente a mí. Sus pechos se redondeaban bajo una camiseta de tirantes ceñida. Se había maquillado y su larga melena castaña bailaba suelta tapándole los hombros. En un intento por arreglar el desaguisado, le lancé el «hola» más tierno que fui capaz de expresar, vistiendo los fonemas con una avergonzada mueca. Ella, en un acto de virtud de la que haría gala durante toda nuestra futura relación, me devolvió el saludo como si no hubiese pasado nada. *Uf...* Por un momento, respiré de nuevo.

El resto de la noche fue, como poco, anodina. Casi sin incidentes, Marta habló de su vital compromiso medioambiental y de su apasionada necesidad de creer que podía hacer algo por mejorar el mundo. Machacaba la lengua como si la hubiese sumergido en acelerante. El caso es que su inesperado idealismo de salón recreativo me pareció un poco una *capullada*. El raspón de bienestar que mueve al Occidente acomodado digno de quien no sabe que, si ya es complicado cambiarse a uno

mismo y a los cuatro gatos que lo rodean, es imposible aspirar a nada más. Con todo, sentí por ella una simpatía instantánea. Yo, que ya empezaba a darlo todo por perdido e inmóvil frente a los desastres, creí que al encontrarme con la vida partiéndome el espinazo, la caída sería menos dura sin expectativas. Una equivocación de cabo a rabo. Como no tardaría en entender, quien sueña con un horizonte más luminoso puede encomendarse al juramento de avanzar, de seguir, mientras que quien ha abandonado esa pasión termina irremediabilmente perdido en sí mismo. Sergio, en cambio, resultó ser un tipo gracioso en su sequedad. Algo parecido al cómico Eugenio, pero con un leve acento gallego en vez de catalán. Creo que mi presencia allí lo incomodaba. Otro gorila intervenía en su coto de caza sexual. En otras circunstancias más selváticas y primigenias, Sergio se hubiera alzado frente a mí aporreándose el pecho como un espalda plateada. Suerte de la civilización, el tío me hizo, amablemente, partícipe de la conversación. Sospecho que con buenas intenciones. Tal vez me equivoque... En cuanto a Valeria, traté de avivar varias veces una charla entre los dos sin ningún éxito. Torpemente, me dirigía a ella en exclusiva justo en el momento en que Marta o Sergio la interpe-laban. Fracaso tras fracaso, acabé ahogando mis intentos antes de quedar retratado como un payaso insufrible.

Rondarían las doce de la noche cuando los tres acordaron, como si lo tuvieran apalabrado de antemano, que ya era hora de volver a casa. A mí se me revolvieron las tripas ante la idea de no haber aprovechado la oportunidad de invocar un interés mayor por mí en Valeria. A sus ojos, pensé, debo de parecer un mamarracho medio tartamudo con pelo de fregona. Cierto es que no había sido antipático, ni había dado rienda suelta a esa mala manía mía por intentar escandalizar en

las conversaciones, pero mis habilidades adaptativas se tradujeron en una especie de inseguridad patética, como si me bañara en una piscina intentando salvar un vaso de bourbon de ahogarse.

Marta y Sergio no vivían lejos, así que Valeria y yo anduvimos solos hasta la parada del metro. En ese escaso intervalo opté por guardar silencio un rato, y así logré que me contara algo de ella. Disfruté mucho de su alegre y vivaracha forma de narrar las cosas. Despachaba una mezcla entre desparpajo y estupidez como la de esas niñas de doce años resabiadas a las que se mira con celo y sorpresa. No tenía claro todavía a qué deseaba encomendar su futuro laboral, pero sí sabía que le gustaba todo aquello relacionado con la seguridad y la defensa. «Tendrá ganas de cargar una pipa en la cartuchera para sentirse poderosa», pensé. Nada más lejos. Sí, quería ser respetada, pero no a costa de la opresión. En su mente se había configurado la idea de que todo aquello en lo que entrara en juego la violencia y las vidas humanas debía ser motivo de admiración. Y no se equivocaba. Al menos en lo que respecta a todos aquellos que no fueran yo.

Entramos en el metro de la línea 3 dirección sur. Nos sentamos el uno al lado del otro. Llegado cierto punto, se produjo un dilatado instante de silencio. En ese momento podría haberme acercado a ella. Haber deslizado mi mano suavemente hasta su muslo, prieto y marcado por unos pantalones negros, y haber acercado lentamente mis labios a los suyos. Tendría que haberla besado, acariciado los pechos, rozado su nuca con la punta de los dedos, mimado su oreja con el pulgar y manoseado las costillas. Pero no hice nada de eso, estúpido de mí. El trayecto prosiguió, y a partir de ahí, todo lo que dijimos me resultó insignificante. Tres paradas más tarde me apeé del

vagón. Medio tembloroso, proyecté un beso lo más largo que pude en su fría mejilla. Valeria se mantuvo inmóvil. Nada más desaparecer de su vista, me aticé la cara con la palma abierta y lancé una dañina exclamación contra mí: ¡PEDAZO DE GILIPOLLAAAASSSS! Podía haberse jodido.

De camino a casa, reflexioné sobre lo incoherente de esa autoaversión. La había cagado... ¿y qué? A mi alrededor bullía todo un supermercado de oportunidades. Si Valeria era tan zorra de mantenerse hermética, de mostrarse cadavérica ante la devoción de mis labios arrullando su cachete, otras se sentirían halagadas... Entiendo que debería disculparme por ese pensamiento, pero no lo voy a hacer. Es obvio que la corrupción es consustancial a la raza. Y yo, frente al desmoronamiento de mi ambición, como esas canciones de Van Morrison que va haciéndose cada vez más dolorosamente insoportables, caí en la desidia. A decir verdad, en Madrid se contaban por cientos de miles las mujeres abiertas a sentirse deseadas y a devolver, con pasión y gratitud, las delicias del deseo que Valeria había rechazado. Yo era un sensato comedor de coños predispuesto y generoso. Entonces, ¿por qué debía flagelarme con el fracaso de una batalla, cuando la guerra era infinita? Pues, sencillamente, porque no creía para nada en esa pantomima de la piscifactoría de amantes. Esa era la historia. Casi desde su primera sonrisa padecí una vibración interna, como un impulso magnético, empujándome irremediabilmente a ella. Eso no era un asunto de selección, ni de compraventa de atractivo sexual ampliado... En la ruinosa mantícora de emociones que me rasgaba el estómago había una verdad categórica. Después de aquel encuentro, quería a Valeria. Quería algo exagerado, algo total. La quería junto a mí, frotándose, restregándose perramente; sus manos acariciando mis muslos, su

pelo metiéndoseme en la boca, sus nalgas estrujadas por mis falanges y su nariz atizándome con fuerza el pubis. Ay... Aún hoy la pienso tan bonita que me cuesta recordarla a pesar de las fotos.

Raymond Williams escribió que ser verdaderamente radical es hacer la esperanza posible, no la desesperación convincente. Una buena frase, sí señor, de no ser porque la esperanza rara vez depende de uno, mientras que la desesperación es una herramienta constantemente al alcance. Para ser radical hay que encontrar motivos. Ser radical en el vacío significa rendirse a una crueldad excesiva y no funcional; una violencia sin motivación utilitarista que separa el Yo de la *jouissance*. De haber sido verdaderamente radical con Valeria, vista la ausencia de muestras de atención, hubiera hipotecado mi esperanza en un raro y *muy friki* voyerismo desembocado al acoso. Lo mejor era hacer la desesperación convincente. Soñar, de tripas para dentro, sin pretender lucirlas hacia fuera.

